Reflexiones psiquiátricas sobre los crímenes de "El Sapo" (1954)

Andrés Ríos Molina¹

En 1954 fue publicado el artículo titulado "Consideraciones en torno a un criminal" del médico psiquiatra Edmundo Buentello y Villa.² Si bien el artículo no revela el nombre del criminal analizado, a lo largo del texto resulta evidente la identidad que el autor vanamente se esfuerza por ocultar. Se trataba de José Ortiz Muñoz, alias "El Sapo", un soldado nacido en Durango quien confesó haber cometido ciento treinta y cinco asesinatos. Si bien, antes de este caso hubo varios famosos asesinos seriales como "El Chalequero",³ Gregorio Cárdenas Hernández⁴ e Higinio Sobera de la Flor, que despertaron el interés tanto de juristas como de psiquiatras, "El Sapo" presentaba matices distintos, pero igualmente interesantes para la psiquiatría de aquellos días.

Tres motivos destacan en este caso particular: a) El Sapo confesó ciento treinta y cinco asesinatos; cantidad que opaca por mucho los crímenes de Cárdenas o Sobera

1 Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

2 El artículo se publicó en la *Gaceta Médica de México*, LXXXIV (2), marzo-abril 1954, pp. 93-157.

3 Para un análisis de los crímenes de "El Chalequero" y su impacto en la opinión pública véase SPECKMAN GUERRA, Elisa, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México, UNAM, 2002, pp. 183-190.

4 Para un análisis de los diferentes diagnósticos que se le hicieron a Gregorio Cárdenas, véase RÍOS MOLINA, Andrés, *Memorias de un loco anormal. El caso de Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010.

que no llegaron a cinco víctimas; b) Ortiz Muñoz en ningún momento presentó signos de enfermedad mental, no había en él síntomas psicóticos, pensamientos paranoides ni comportamientos "extraños", según la lógica de la época; c) Pese a la cantidad de delitos adjudicados, en ningún momento se pretendió usar la locura como excusa para atenuar su responsabilidad jurídica. Este caso no ingresó al terreno de lo psiquiátrico: ningún Juez solicitó peritaje en búsqueda de alguna enfermedad mental que lo hiciera asesinar sin causa y tampoco estuvo internado en el Manicomio "La Castañeda". Este asesino serial conocido como "El Sapo", fue quien llamó la atención del doctor Buentello, y sus observaciones quedaron plasmadas en el texto que aquí se analizó.

De inicio, plantearé la siguiente pregunta: ¿qué valor historiográfico puede tener el análisis de una descripción psiquiátrica hecha a mediados del siglo XX? Según ha demostrado la historiografía de la psiquiatría, las descripciones psiquiátricas que encontramos en expedientes clínicos o en estudios de caso, no sólo contienen detalles de la condición mental del paciente, sino que también dan cuenta de la mirada subjetiva del médico.⁵ Por consiguiente, estos documentos posibilitan un acercamiento a los diferentes elementos que estructuran la mirada médica en cada momento histórico. La descripción clínica es más que la aplicación de los conocimientos psiquiátricos a un caso particular; es una narración en la que se fusionan el contexto cultural del médico y su propia subjetividad, con la condición del observado. Así, a través de la descripción clínica podemos acercarnos al contexto cultural e ideológico del psiquiatra que describe la psicopatía de un paciente.⁶

5 Los trabajos que desarrollan este argumento son: PORTER, Roy, *Historia social de la locura*, Editorial Crítica, Barcelona, 1989; SACRISTÁN, Cristina, *Locura y disidencia en el México ilustrado*, México, El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, 1994.

6 En la historiografía mexicana, este argumento ha sido propuesto y desarrollado por RIVERA GARZA, Cristina, "She neither Respected nor Obeyed Anyone": Inmates and Psychiatrist Debate Gender and Class at the General Insane Asylum La Castañeda, Mexico, 1910-1930", en *Hispanic American Historical Review*, 81:3-4, 2001, pp. 653-688; RÍOS MOLINA, Andrés, "Un mesías, ladrón y paranoico en el Manicomio La Castañeda. A propósito de la importancia historiográfica de los locos", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 37, enero-junio, México, 2009, pp. 71-96.

El artículo *Consideraciones en torno a un criminal* expone una forma de comprender la criminalidad, muy distinta a la que imperó desde el positivismo porfiriano hasta la época posrevolucionaria.

Desde finales de la década de 1930 se comenzó a gestar en la medicina, y más exactamente en la psiquiatría, una mirada distinta sobre la criminalidad. Bajo la lógica biologicista que dominó entre los intelectuales porfirianos a partir de las últimas décadas del siglo XIX, la frontera entre criminalidad y locura dejó de estar claramente definida. Esto se percibe en diferentes reflexiones psiquiátricas que consideraban que todo loco era peligroso, ya que en algún momento podía atentar contra la vida de alguien, contra la suya propia o podía ser causante de un desorden público.⁷ Por su parte, desde la criminología, máxime por la influencia de la teoría degeneracionista y la antropología criminal de Cesare Lombroso, se consideraba que el comportamiento criminal era resultado de una "anormalidad" orgánica heredada por padres o abuelos, ya fuere por alguna enfermedad degenerativa, vicios como el alcoholismo o la drogadicción, o por prácticas sexuales "anormales".⁸ En consecuencia, los comportamientos criminales contenían algo de "locura"; debido a la incapacidad de distinguir entre el bien y el mal, la "enfermedad" lo convertía en un peligro social.⁹

Pero a partir de la década de 1930 hay un cambio en la mirada psiquiátrica sobre la criminalidad. El doctor Edmundo Buentello fue parte de esa generación de médicos que durante la posrevolución, incorporaron el factor social para comprender a mayor plenitud la etiología y el desarrollo de las enfermedades mentales. Por tanto, cuando aparece publicado el artículo en cuestión, podemos suponer que hubo un

7 Este argumento es desarrollado en el artículo de BANDERA, José María, "Locos dañosos", en *Gaceta Médica de México*, 26, 1891, p. 134. Al igual que en las siguientes tesis: PARRA, Porfirio, ¿Según la psiquiatría, puede admitirse la responsabilidad parcial o atenuada? México, Secretaría de Fomento, 1895; ROJAS, Ernesto, *Epilepsias criminales*, México, Imprenta de A. Carranza y Comp., 1908.

8 PICCATO, Pablo, *La construcción de la perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad*, en "Historia Mexicana", XLVII, julio-septiembre, 1997, pp. 133-181.

9 Este argumento es retomado de Michel FOUCAULT, *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Argentina, Editorial Altamira, 1996, pp. 157-178.

cambio en la perspectiva psiquiátrica, ya que se dejó de considerar a este tipo de delincuentes como "enfermos", para asumirlos como sujetos cuyas acciones, por "anormales" que fueren, resultaban funcionales para ciertos sectores de la población. El caso de "El Sapo" es un ejemplo de ello, ya que fue considerado por Buentello como un hombre con el "síndrome del pistolero", funcional para una sociedad que hacía de la violencia una herramienta para el ejercicio del poder.¹⁰ Pese a los ciento treinta y cinco asesinatos de Ortiz Muñoz, Buentello no lo diagnosticó como un psicópata o como un "anormal"; por el contrario, lo mostró como un sujeto cuya conducta resultaba útil en un contexto social marcado por la violencia. ¿Qué relación tiene el texto aquí analizado de Buentello, con la forma en que la psiquiatría cambió su forma de comprender la criminalidad? Para responder esta pregunta expondré a) el contexto psiquiátrico en el que se moldeó la mirada de Buentello, b) los crímenes de José Ortiz Muñoz y c) las reflexiones de Buentello.

De la clínica psiquiátrica a la higiene mental

El artículo del doctor Edmundo Buentello que aquí nos convoca fue presentado para ingresar como miembro a la Academia Nacional de Medicina en el área de la medicina social. Este dato es significativo, ya que nos permite ubicar las conclusiones de Buentello en el contexto psiquiátrico de la época. ¿Qué tenía que ver el caso de "El Sapo" con la medicina social?

Después de la Revolución Mexicana, la salud pública adquirió un particular impulso enfocado al terreno de lo social. A partir de las obligaciones adquiridas por el Estado en materia sanitaria con la Constitución de 1917, implementar ambiciosas campañas de salud pública, construir hospitales y formar personal capacitado

10 En las décadas de 1940 y 1950 se consideró como uno de los grandes problemas sociales el "pistolero". Este término se asoció a los diferentes grupos armados que, sobre todo en las zonas rurales, eran financiados por caciques para eliminar enemigos políticos, periodistas o líderes de movimientos campesinos. Véase GILL, Mario, *Pistolero y otros reportajes*, México, UAS, 1985.

para ofrecer atención médica, fueron prioridades para los gobiernos posrevolucionarios.¹¹ Esto implicó un giro en el quehacer de los médicos, ya que no sólo debían atender pacientes o investigar en sus laboratorios, sino que debían alejarse de las comodidades urbanas e involucrarse con los problemas sanitarios de las comunidades campesinas. En el campo, el trabajo debía abocarse a detectar los factores que generaban las distintas enfermedades para posteriormente iniciar campañas pedagógicas destinadas a prevenir el contagio de distintas afecciones. De manera particular, la medicina social se convirtió en un área tan prioritaria para las autoridades sanitarias, que en 1922 inició funciones la Escuela de Salud Pública en la que se le dio formación a sanitaristas; y además, inició la carrera de Medicina Social en el Instituto Politécnico Nacional (1936).

El concepto de medicina social fue ampliamente expuesto, discutido y defendido por el médico Alfonso Pruneda en un artículo que publicó en la *Gaceta Médica de México* y en el que cuestionaba la relación maniquea que se había establecido entre pobreza, enfermedad e ignorancia. De acuerdo con Pruneda, todas las clases sociales se veían afectadas por el alcoholismo, la prostitución, las enfermedades mentales y las toxicomanías. Por tanto, el médico no debía partir de prejuicios a la hora de enfrentarse a la enfermedad, sino hacer uso de disciplinas como la antropología y la sociología para comprender cabalmente el contexto social y cultural de los pacientes.¹²

La importancia de la medicina social requería de una suerte de "sensibilización" por parte de los médicos, sobre todo en lo tocante a su presencia en el ámbito rural.

11 Las principales investigaciones que han abordado el desarrollo de la salud pública en el contexto posrevolucionario son GUDIÑO, María Rosa, *Campañas de salud y educación higiénica en México, 1925-1960. Del papel a la pantalla grande*, Tesis Doctoral en Historia, El Colegio de México, 2009; ARÉCHIGA CÓRDOBA, Ernesto, "Dictadura sanitaria, educación y propaganda higiénica en el México revolucionario, 1917-1934", *Dynamis*, núm. 25, 2005, pp. 117-143. AGOSTONI, Claudia, "Las mensajeras de la salud enfermeras visitadoras en la Ciudad de México durante la década de los 1920", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 33, 2007, pp. 89-120; CARRILLO, Ana María, "Salud pública y poder en México durante el Cardenismo, 1934-1940", *Dynamis*, 25, 2005, pp. 145-178.

12 PRUNEDA, Alfonso, "La higiene y la medicina sociales", *Gaceta Médica de México*, tomo 64, 1933, pp. 122-136.

Una medida con la que se buscó paliar ese problema tuvo lugar en 1936, cuando se determinó organizar el programa de Servicio Social para los pasantes de medicina durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, cuyo objetivo fue dar impulso a la medicina preventiva.

Esta tendencia hacia el campo de la prevención por parte de las instituciones sanitarias posrevolucionarias también llegó al campo de la psiquiatría. Antes de 1930, las labores de los psiquiatras estaban concentradas, básicamente, en el ejercicio de la clínica en los hospitales psiquiátricos, ya fueran éstos públicos o privados. Pero a partir de dicho año, y con relación a los cambios que estaban teniendo lugar en el marco de la medicina, hubo una corriente de la psiquiatría que sugirió un cambio en el rumbo de la misma: el ejercicio no debía limitarse solamente al terreno de lo clínico, sino que debía acercarse a la prevención de las enfermedades mentales. En el contexto de la emergencia del Estado posrevolucionario, la ideología médica apuntaba a que era necesario construir un mexicano sano y educado en el marco del proyecto de nación. De manera que hubo un componente ideológico tanto en la praxis como en el aparato analítico de la psiquiatría al abocarse a un nuevo campo: la higiene mental.

Este giro de lo clínico a lo social no fue únicamente posibilitado por las prioridades ideológicas del contexto político. Además, hubo un factor que resultó fundamental en dicho proceso: la incursión del psicoanálisis a la psiquiatría mexicana. Si bien antes de 1920 los textos publicados sobre enfermedades mentales le otorgaban un lugar al contexto social, cultural y a la historia de vida del individuo como factores determinantes para comprender la génesis de las psicopatías, el modelo organicista era el imperante.¹³ Pero, al igual que en otros países de América Latina, como Argentina, Chile y Perú, la lectura de los textos de Sigmund Freud comenzó a

13 Un texto que influyó en la medicina de la época para comprender las enfermedades mentales fue PARRA, Porfirio, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878. Para un análisis del discurso psiquiátrico en México durante el Porfiriato y la Revolución, véase RÍOS MOLINA, Andrés, *La locura durante la Revolución Mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, pp. 61-81.

incidir en las miradas psiquiátricas.¹⁴ Calibrar el impacto de Freud en la medicina mexicana es un tema que rebasa los límites de este texto; sin embargo, por ahora podemos señalar que uno de los mayores aportes a la psiquiatría fue demostrar que existían procesos mentales inconscientes que determinaban el comportamiento del sujeto, los cuales no necesariamente estaban ligados a lo estrictamente fisiológico. Este hecho llevó a una especie de desbiologización del discurso médico.

En consecuencia, en las décadas de 1920 y 1930 se despertó un notable interés por parte de los psiquiatras en el análisis y aplicación de las teorías freudianas al contexto mexicano.¹⁵ En este tenor, el doctor Jaime Uribe Cuallo mencionaba en 1944: "La doctrina psicoanalítica es una de las más valiosas doctrinas que la criminología haya recibido en los últimos decenios en cuanto a comprensión psicológica del delincuente, y a la explicación de la génesis del delito".¹⁶

Además de abrir la puerta a los procesos inconscientes de la mente, el psicoanálisis le dio a los médicos un aparato analítico, conceptos y referentes para ser aplicados más allá de los muros del manicomio. Desde que se definió el perfil del especialista en enfermedades mentales a mediados del siglo XIX, los hospitales psiquiátricos fueron considerados como el espacio por antonomasia para su ejercicio profesional. Sin embargo, a partir de la década de 1930, la mirada psiquiátrica dejó de concentrarse únicamente en los pacientes psiquiátricos y se enfocó en algunos sectores sociales y problemáticas específicas de la sociedad.

Esta incursión del psicoanálisis se fusionó con la ya señalada tendencia que imperaba en el terreno de la salud pública y en dicho encuentro emergió la higiene mental. Con el propósito de formar una nación "sana", era prioritario ubicar las

14 MARIATEGUI, Javier (ed), *La psiquiatría en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1989.

15 El primer trabajo fue la tesis presentada en la Escuela de Medicina por Manuel Guevara Oropeza en 1923 titulada *Psicoanálisis*. Diversos artículos sobre este tema fueron publicados en la *Revista Mexicana de Psiquiatría, Neurología y Medicina Legal*, dirigida por Samuel Ramírez Moreno desde 1934.

16 URIBE CUALLO, Jaime, "Importancia del estudio de la personalidad del delincuente", en *Criminalia*, enero de 1944, p. 304.

causas del contagio de las enfermedades más letales y así diseñar campañas sanitarias con claros objetivos pedagógicos. La aplicación de dichos referentes a la psiquiatría se tradujo en distintas políticas por parte de diferentes instancias del Estado, encaminadas a la detección de causas sociales y sectores propensos a desarrollar alguna sicopatología.

Para alcanzar los objetivos de la higiene mental, hubo médicos como Matilde Rodríguez Cabo, Alfonso Millán, el mismo Edmundo Buentello, Francisco Elizarrás, Guillermo Dávila García, para mencionar los más destacados, que se abocaron al trabajo con las Secretarías de Gobernación y Educación Pública para la creación de instituciones destinadas a la detección y prevención de las enfermedades mentales. El primer campo de interés fue la infancia debido a su propensión a la criminalidad. Posteriormente se crearon las Clínicas de la Conducta, el Servicio de Higiene Mental en el Instituto Nacional de Pedagogía y el Servicio de Toxicomanías en la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

Además, en 1938 se fundó la Liga Mexicana de Higiene Mental, la cual publicó una revista periódicamente hasta 1955 y lideró numerosas campañas pedagógicas; valga mencionar que el doctor Buentello fue director de la Liga. Además, sus muy diversas publicaciones tenían que ver con problemas sociales estrechamente vinculados con la enfermedad mental. Por ello le dedicó investigaciones a temas como la migración, la homosexualidad, el suicidio, la pornografía, la vida cotidiana en las penitenciarías, el consumo de drogas y los problemas en las escuelas, para señalar los más importantes.¹⁷ En dichos textos no sólo se evidencia la incursión de los psiquiatras en instituciones del Estado para diseñar políticas de prevención en materia de salud mental, además, también se percibe un creciente interés por disciplinas tales como la sociología, la antropología, la psicología, el psicoanálisis y la filosofía.¹⁸ Era necesario analizar qué estaba ocurriendo en la sociedad mexicana

17 Buentello compiló sus principales trabajos, la mayoría de ellos publicados previamente, en el libro *Higiene mental*, editado por los Talleres Gráficos de la Nación en 1956.

18 Véase el artículo de GONZÁLEZ ENRIQUEZ, Raúl, "Historia y cultura como fuentes de investigación en psiquiatría", en *Gaceta Médica de México*, LXXXII, 1952, pp. 125-133.

para así poder localizar las causas sociales de fenómenos que pudiesen ser nocivos para la salud mental.

En medio de este contexto podemos ubicar y comprender el análisis hecho por el doctor Buentello a José Ortiz Muñoz alias "El Sapo" en 1953. La prioridad del médico no era sólo comprender cómo operaba la mente de este criminal, sino qué estaba ocurriendo en la sociedad mexicana como para que este tipo de criminal existiera. Antes de este diagnóstico, las valoraciones psiquiátricas hechas a distintos delincuentes se preocupaban por ofrecer un diagnóstico certero que explicara el porqué de semejante comportamiento criminal. Sin embargo, el mismo Buentello ni siquiera diagnostica una enfermedad mental; más bien, trata de comprender el comportamiento de "El Sapo" en el contexto social.

Para el autor, las teorías psicoanalíticas, "al invadir el campo de la sociología y la criminología, han producido la doctrina de la Defensa Social, etapa en la que actualmente nos encontramos, para la comprensión del homicida". Para el autor, los criminales habían sido entendidos como sujetos que no habían "madurado" socialmente porque eran epilépticos o psicópatas; es decir, la explicación de la anormalidad emergía en términos biológicos. Bajo esta lógica, se consideraba que si "el individuo mató porque es más o menos anormal [...] entonces la sociedad no debe vengarse de él, pero tiene derecho a defenderse y recluirlo para que no siga dañando". Para Buentello este argumento funcionó por mucho tiempo, pero desde su punto de vista, era muy limitado; por lo cual hizo una propuesta que él mismo consideró que podía sonar "paradójica e insospechada": "el delincuente mata o viola la ley para ser feliz".

Desafortunadamente, este concepto de "felicidad" no es claramente desarrollado por Buentello, pero los ejemplos que utiliza para ilustrar esta afirmación parten de que las conductas consideradas como nocivas, que pueden ir desde los celos hasta la violencia física, radicaban en que el individuo incapaz de "encontrar en sí mismo los medios estructurales para conseguir su felicidad [...] parece necesitar la acción

agresiva contra aquello que se ha transformado en el símbolo de lo que dentro de sí no pudo dominar". Justamente allí nace el delito. Después de haber destruido lo que considera es el germen de su desdicha, el criminal se encontrará con nuevas amenazas a destruir y así volver a una felicidad momentánea. Esta reflexión de Buentello sobre el crimen y la búsqueda de la felicidad, difícilmente podemos relacionarla con conceptos freudianos. Más bien, podemos asociar dichas ideas a la presencia del psicoanalista Erich Fromm en México desde 1949, año en que comenzó a impartir el Seminario de Estudios Psicoanalíticos en la Escuela de Medicina de la UNAM. Debido a la relevancia que el psicoanálisis tuvo para los médicos vinculados con la higiene mental, es muy probable que ellos hubiesen estado presentes en los seminarios impartidos por Fromm; una muestra de esto son los artículos sobre el autor y comentarios sobre su obra que aparecen en la *Revista Mexicana de Higiene Mental*; publicación coordinada por el mismo doctor Buentello.

Los crímenes de "El Sapo"

La primera mención de los crímenes perpetrados por José Ortiz Muñoz en los medios de comunicación la encontramos el 31 de octubre de 1941 con el titular "Tremendos crímenes del soldado 'El Sapo'". El artículo relataba la manera en que este soldado, adscrito al Segundo Batallón de Infantería acuartelado en la Escuela de Tiro, fue capturado en Torreón:

Al ser detenido "El Sapo" confesó de plano que había dado muerte a puñaladas al señor Ignacio Jarero Ortiz, porque éste era pandillista y al hacerlo, solamente obedeció la consigna que le había dado su Jefe, el teniente coronel Miguel Aranda Calderón [...] quien lo tenía escogido a él, entre todos los contingentes de tropa, como su "pistolero de confianza".¹⁹

19 *El Universal*, 31 de octubre de 1946, Segunda Sección, p. 1. El expediente judicial de este proceso está localizado en el Archivo General de la Nación, Fondo del Tribunal Superior de Justicia del D.F., caja 3755, folio 665596.

Después de haber atravesado con una daga el cuello de Jarero, llevó el cadáver ante Aranda y le dijo: "A la orden mi jefe... ¿Es este el que me enseñó o me equivoqué?". El teniente coronel lo felicitó por su obediencia y le regaló la pistola del muerto. Días después, su jefe le dijo que las cosas se estaban complicando, ya que las investigaciones continuaban, que lo mejor era que dejara la ciudad y que se le enviaría dinero periódicamente, lo cual hizo hasta que fue detenido. Días después de su captura, se descubrió que el crimen de "El Sapo" no era un hecho aislado, ya que resultó ser el líder de una banda que se dedicaba al asalto, asesinato y violaciones en los alrededores de la Escuela de Tiro.²⁰ Después de ser capturado lo remitieron a la cárcel de Lecumberri, donde estuvo encerrado varios meses antes de que fuera condenado a veintiocho años de prisión.²¹

En sus declaraciones, Ortiz Muñoz no ocultaba el orgullo que le generaba haber matado a ciento veinte personas en una manifestación de sinarquistas el 2 de enero de 1946 en León (Guanajuato). Lo habían enviado para "controlar" una manifestación, y este soldado comenzó a disparar indiscriminadamente desde una esquina con una ametralladora, al punto de que otros soldados tuvieron que quitarle el arma. Si bien "El Sapo" estuvo presente en dicha manifestación, es poco probable que la masacre haya sido simplemente consecuencia de la locura de un solo hombre. De manera que es muy posible que este hombre se atribuyera asesinatos que no cometió en un intento por consolidar su fama de matón.

El 7 de septiembre de 1950, Ortiz Muñoz asesinó en el interior de Lecumberri al ladrón cubano Isidro Martínez García, quien se hacía pasar por yucateco. Lo primero que dijo fue "con éste son ciento cuarenta y tres los que he matado... ¡Qué importa uno más! Hacía más de cuatro años que no me echaba a nadie al pico".²² En junio del año siguiente estalló un escándalo en el penal debido a múltiples acusaciones

20 *El Universal*, 4 de noviembre de 1941.

21 *El Universal*, 5 de octubre de 1947.

22 *El Universal*, 7 de septiembre de 1950.

contra el director, coronel Francisco Linares, ya que varios reos lo acusaban de fraguar un complot a asesinarlos en manos de "El Sapo".²³ De hecho, la mala administración de Linares fue notable por el uso excesivo de la violencia, al punto de contratar internos para que asesinaran a otros. Después de dicho incidente, en 1952 volvió a figurar Ortiz Muñoz en la prensa ya que fue herido en una riña en el penal al haberse enfrentado a otro interno conocido por el alias de "El Caballo", después de discutir cuál era "más ducho en los puñetazos": Finalmente, "El Sapo" logró recuperarse de los navajazos recibidos.²⁴

El 31 de agosto de 1953 se informó en la revista *Time* que el reconocido asesino Ortiz Muñoz había contraído nupcias con María de Jesús Torres Martínez, de 18 años. Esta mujer estaba recluida en el área de mujeres por robo de joyas. Debido a la fama que tenía "El Sapo" entre las mujeres del penal, decidió pedir permiso para visitarlo: fue amor a primera vista. Adelantaron los procedimientos jurídicos para efectuar la boda y el director les concedió dos días de luna de miel en la celda del feliz esposo. Una vez que ella fue liberada, visitó a Ortiz Muñoz todos los días de permiso mientras él estuvo en la Ciudad de México.²⁵

"El Sapo" fue trasladado en marzo de 1960 al penal de las Islas Marías. Dos años después murió a machetazos. Según Gregorio Cárdenas Hernández, compañero de crujía de "El Sapo", recibió un machetazo por cada uno de los asesinatos cometidos a lo largo de su larga vida delictiva.²⁶

23 *El Universal*, 28 de junio de 1951.

24 *El Nacional*, 24 de diciembre de 1952, p. 4.

25 *Time*, 31 de agosto de 1953. "Mexico: Wedlock in the Cell Block". <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,822983,00.html#ixzz0wt4fx3DH>

26 CÁRDENAS HERNÁNDEZ, Gregorio, *Celda 16*, E. México, Diana, 1970, Pág. DD.

El análisis de Buentello

La descripción de Buentello inicia con la siguiente frase: es un sujeto que "tiene un aspecto repulsivo por su expresión facial", afirmación que nos podría recordar un rezago decimonónico lombrosiano. Entrando en los detalles de la personalidad, el médico mencionó que era un hombre inteligente, ágil al captar giros en el pensamiento, sonriente y cínico, aunque el mismo Buentello dice que dicha palabra resulta insuficiente. Además, tenía una notable memoria ya que recordaba los nombres y las fechas de casi todos sus asesinatos. "Ríe con frecuencia, arrugando la cara en múltiples pliegues frontales y de las mejillas, con lo que da a su expresión fisonómica aún más parecido con el aspecto de batracio".

Era un personaje "fuerte" de intelecto ya que sus ideas parecían ser "inamovibles". El carácter era considerado de tipo "epileptoide, por su tozudez, sus actos repentinos, sus 'prontos', pero no es viscoso ni hace circunloquios". Después de esta breve presentación, Buentello inició la transcripción y análisis de la entrevista.

Lo primero que menciona "El Sapo" es que él delinquía cumpliendo órdenes; frase lapidaria y contundente como defensa ante cualquier cuestionamiento. Sin embargo, su primer homicidio lo hizo sin recibir orden alguna cuando tenía nueve años y asesinó a un compañero de estudios en 1917 por envidias ya que ambos eran los alumnos "consentidos" de la profesora. Un buen día en el baño de la escuela, Ortiz Muñoz le hundió doce veces un compás en el corazón a su condiscípulo. Sobre este hecho mencionó: "Yo no sentí ni pesar ni arrepentimiento". Por dicho crimen estuvo recluido en la cárcel de Durango hasta que cumplió los catorce años. Debido a que no existía un espacio para los menores de edad, su reclusión tuvo lugar con delinquentes adultos.

"El Sapo" mencionó que su padre, quien era un alto militar, pudo haberlo sacado de la cárcel, pero no lo hizo para así darle una lección. Cuando salió de prisión tomó rumbo a Monterrey e ingresó al Segundo Regimiento de Caballería en 1922.

Un año después mató a un teniente coronel porque humillaba a todos los soldados que no trabajaban a la velocidad que él deseaba en la construcción de la carretera que iba a Nuevo Laredo. Después de recibir una bofetada, Ortiz Muñoz sacó su bayoneta y la hundió en el pecho del militar. "El Sapo" fue detenido y enviado a Monterrey donde se le hizo un Consejo de Guerra, cuya sentencia lo condenaba a ser fusilado, pero minutos antes de la ejecución llegó otro militar con el amparo en la mano y así le salvó la vida.

Cuando se le interrogó por la presencia de enfermedades mentales en su familia, señaló la ausencia de las mismas, pero aclaró: "Peleoneros mi tío Eulogio... era muy asesino, eso nadie lo ignora... si él viviera no estaría yo aquí". Señaló que si nadie se metía con la familia, ellos eran inofensivos, pero que sabían reaccionar a los ataques. Al preguntársele por la razón de ser de su carrera, "El Sapo" mencionaba que él había sido pistolero desde 1928 hasta la fecha, contratado por personas que no mencionó, pero aseguró que estaban en posiciones sociales encumbradas. Esta descripción hecha de su propia vida llevó a Buentello a afirmar que este podría ser un caso de "perversidad constitucional" según los antiguos penalistas. Aunque en este caso no había una "cargada herencia psiquiátrica, sí [hubo] una cargada herencia agresiva a la costumbre de la impunidad de los delitos en casos familiares cercanos".

A "El Sapo" siempre le gustó leer novelas policíacas, pero como no le permitían el acceso de literatura, se había dedicado a escribir su autobiografía. Esto fue entendido por Buentello como una muestra de "exhibicionismo, etapa narcicista que encuadra a maravilla con su asociabilidad". Sin embargo, el médico no tomaba en cuenta que en dichas celdas no había comunicación alguna con el entorno social y, por ende, no había mucho que hacer. Razón por la cual escribir una autobiografía era una salida viable para evitar caer en la locura. En esa misma crujía, Goyo Cárdenas escribió el libro *Celda 16*.

Parte del análisis psicológico fue el psicodiagnóstico de Rorshach,²⁷ que le fue aplicado por la profesora Matilde Lemberger. Para comenzar, Buentello afirmó que era difícil aplicar dicha prueba en presencia de dos policías, lo cual le restaba espontaneidad a la entrevista. Ortiz Muñoz ofreció pocas respuestas, pero las que dio bastaron para confirmar aspectos que ya se intuían: sujeto inteligente con capacidad de abstracción y síntesis. La velocidad de las respuestas fue normal (ocho segundos), si bien hubo algunas respuestas vagas, otras fueron populares. "Hay, desde luego, reticencia [que] sirve para encubrir la ansiedad y una muy fuerte agresividad que aparece en la prueba".²⁸ Sin embargo, no logramos saber cómo llegó Buentello a dicha conclusión. "Su ansiedad es poco socializada y se manifiesta con bastante franqueza"; lo cual tampoco queda claro. Tiene un superyo "rígido e inadecuado". Las dos últimas imágenes fueron interpretadas por Ortiz Muñoz como dos volcanes en erupción, lo cual fue traducido al lenguaje médico como "una agresividad canalizada hacia el exterior".

Con base en una extensa entrevista, la autobiografía de "El Sapo" y la prueba de Rorshach, Buentello señaló que este criminal era "un fanfarrón que no oculta su fuerte tendencia al "matonismo", lo cual concuerda con un narcisismo ya que se presenta como satisfecho de sus actos, acorde con una hipertrofia de la personalidad". Esto se explicaba como una manifestación de resentimiento contra la sociedad frente a la cual se sentía como adversario. Un dato que llama la atención de Buentello es que no aparecían tendencias interpretativas en sus ideas, sino que destacaba la claridad frente al contexto social en el que había vivido. Si bien falseaba los datos, no lo hacía para compensar amnesias, sino como síntoma neurótico.

Pero hay un aspecto que rescata Buentello para proseguir con su análisis: el énfasis que hace el mismo criminal en que él era un "pistolero". Esta recurrente afirmación

27 El Test de Rorschach es una técnica y método proyectivo de psicodiagnóstico creado por Hermann Rorschach (1884-1922). El Test se utiliza principalmente para evaluar la personalidad. Consiste en una serie de 10 láminas que presentan manchas de tinta, las cuales se caracterizan por su ambigüedad y falta de estructuración. El psicólogo pide al sujeto que dé sentido a esas manchas. A partir de sus respuestas, el especialista puede establecer o contrastar hipótesis acerca del funcionamiento del sujeto.

28 Entrevista realizada por Buentello, p. 104.

lleva al médico a explicar lo que él considera se podría denominar "El síndrome del pistolero":

Está constituido, jurídicamente hablando, por el hecho de presentar típicamente las tres agravantes de ley en los homicidios, es decir: premeditación, alevosía y ventaja, y de ahí surge desagradable situación: la sociedad utiliza al antisocial para resolver sus problemas.

Si bien muchos tienen el deseo de matar, no todos lo hacen; pero quienes no quieren limitar su deseo de ver muerto a alguien, contratan a un tercero cuya labor sicarial se encarga de realizar tal empresa. El pistolero, como un problema social del México posrevolucionario, consistía en la cantidad de individuos armados que, principalmente en el mundo rural, formaban parte de grupos mercenarios financiados por caciques locales para eliminar enemigos políticos, periodistas o líderes de movimientos campesinos. Este problema social era un factor también analizado por criminalistas. Por ejemplo, Alfonso Quiroz Cuarón señalaba:

La criminalidad organizada en nuestros días ha logrado significarse por la cuantiosa calidad de sus delitos. Puede asegurarse que en México se inicia lo que ha dado en llamarse "gangsterismo" [...] Empiezan a exhibirse ostentosamente, en restaurantes de lujo, cabarets y cantinas "elegantes", verdaderos monstruitos desvergonzados, que se hacen aparecer como "influyentes" y que, para mayor oprobio, en muchos casos gozan de una auténtica complicidad con funcionarios venales.²⁹

Esta reflexión de Quiroz Cuarón se centraba en una "nueva" forma de criminalidad, que a mediados de siglo XX evidenciaba sus claros vínculos con la corrupción propia del sistema político mexicano. Sin embargo, el sujeto que busca trabajo como pistolero, bajo la protección de un cacique o un funcionario corrupto, debía

reunir ciertas características ya que, según Buentello, se necesitaba de una "contextura" particular pues la agresividad "de gatillo" consiste en disparar "cuando algo lastima su orgullo o sensibilidad". Esta persona que ha sido lastimada, pone al servicio de otros esa frialdad que en un contexto de violencia se convierte en un valor de uso que puede ser comercializado y vendido a quienes carecen de escrúpulos para asesinar. Según Buentello, en los pistoleros había un sentimiento de dependencia, ya que siempre estaban supeditados a un amo y difícilmente ellos mismos llegaban a convertirse en sus propios jefes. En términos psicoanalíticos, la supeditación parecía prolongar la figura paterna transformando al nuevo jefe en subrogado paterno. "En términos freudianos, esto es la relación entre agresividad y orgullo, la tendencia paranoide, a lo que se denominó etapa sádico-anal." Además, continuaba argumentando Buentello, la cobardía se escondía tras una actitud pendenciera y altanera cual mecanismo de compensación. Esto se justifica con un hecho que tuvo lugar en prisión: en plena riña y al verse acorralado, "El Sapo" pidió perdón.

Esta falta de autonomía emocional aunada a un escaso intelecto (lo cual los aleja del psicópata o asesino serial) y a la pertenencia a una banda, los convierte en verdaderos profesionales del delito, "por lo cual sufren una serie de modificaciones psicológicas y deformaciones con este llamado profesionalismo" ya que se sienten en la obligación de respaldar su fama y realizar actos que le ayuden a mantenerla y/o consolidarla, razón por la que transforman hechos nimios en grandes exageraciones para así justificar sus explosiones de violencia.

El asunto que llamó poderosamente la atención de Buentello era que la misma sociedad había utilizado a este tipo de sujetos, perfeccionando su comportamiento de tal forma que ha habido "pistoleros capaces de hacer escuela, de conseguir imitadores y de lograr entre los antisociales en competencia, admiración por sus hechos y deseos de emulación". El psiquiatra se preguntaba si no era probable que este tipo de sujetos cumplieran las funciones de los verdugos de la antigüedad, pero ahora no al servicio de la justicia, sino de quienes toman en sus propias manos la justicia.

En el caso de "El Sapo", después del primer homicidio ya nada importaba; no había responsabilidad ni cuestionamientos, lo cual fue generando una facilidad particular para el asesinato. Buentello aclara que esto sólo se puede presentar en sujetos propensos a la oligofrenia moral o entre quienes presentan la antigua esquizofrenia de Clerenbault.

A manera de conclusión

El análisis clínico hecho por Buentello no tenía como objetivo diagnosticar una enfermedad mental que explicara porque este hombre sentía tanto gusto por asesinar sin presentar señal alguna de remordimiento. Si bien, el término "psicópata" formaba parte del lenguaje de la psiquiatría desde inicios del siglo XX, Buentello en ningún momento clasificó a Ortiz Muñoz bajo dicho criterio. Como señalamos en la introducción, un diagnóstico no sólo revela la condición mental del paciente, sino que además revela aspectos propios del contexto social que determina la forma en que el médico observa al paciente.

Siguiendo esta idea, el análisis de "El Sapo" nos habla de una tendencia que había iniciado a finales de la década de 1930 en la psiquiatría; a saber, la incursión de dicha ciencia en el campo de la medicina preventiva, la cual se denominó higiene mental. Para prevenir las enfermedades mentales, los psiquiatras tenían que acercarse a los problemas sociales con herramientas de otros campos del conocimiento como el psicoanálisis, la sociología y la filosofía. Esta tendencia estaba detrás de la mirada de Buentello cuando analizó a "El Sapo": más que diagnosticarlo, el objetivo era interrogarse por lo que estaba ocurriendo en el entorno social como para que dicho criminal apareciese. Por ello, el "pistolero" que en aquellos días imperaba en la sociedad mexicana, le permitió al médico ubicar el contexto social que convertía a un asesino en un sujeto "funcional".

Así, el doctor Edmundo Buentello concluyó que este asesino de ciento treinta y cinco personas era consecuencia de una sociedad sumida en la violencia, donde los hombres deseosos de asesinar pero incapaces de hacerlo, recurrían a los servicios de pistoleros. Y estos asesinos a sueldo eran infelices en búsqueda de la felicidad.

Bibliografía

AGOSTONI, Claudia, "Las mensajeras de la salud enfermeras visitadoras en la Ciudad de México durante la década de los 1920", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 33, 2007.

ARÉCHIGA CÓRDOBA, Ernesto, "'Dictadura sanitaria', educación y propaganda higiénica en el México revolucionario, 1917-1934", *Dynamis*, núm. 25, 2005.

CÁRDENAS HERNÁNDEZ, Gregorio, *Celda 16*, México, E. Diana, 1970.

CARRILLO, Ana María, "Salud pública y poder en México durante el Cardenismo, 1934-1940", *Dynamis*, 25, 2005.

FOUCAULT, Michael, *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Argentina, Editorial Altamira, 1996.

GILL, Mario, *Pistolero y otros reportajes*, México, UAS, 1985.

GONZÁLEZ ENRIQUEZ, Raúl, "Historia y cultura como fuentes de investigación en psiquiatría", en *Gaceta Médica de México*, LXXXII, 1952.

GUDIÑO, María Rosa, *Campañas de salud y educación higiénica en México, 1925-1960. Del papel a la pantalla grande*, Tesis Doctoral en Historia, El Colegio de México, 2009.

MARIATEGUI, Javier (ed), *La psiquiatría en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1989.

PARRA, Porfirio, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878.

PICCATO, Pablo *La construcción de la perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad*, en "Historia Mexicana", XLVII, julio-septiembre, 1997.

PRUNEDA, Alfonso, "La higiene y la medicina sociales", *Gaceta Médica de México*, tomo 64, 1933.

QUIROZ CUARÓN, Alfonso, "La criminalidad evolucionaria", *Criminalia*, noviembre de 1942.

RÍOS MOLINA, Andrés, *Memorias de un loco anormal. El caso de Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010.

———, "Un mesías, ladrón y paranoico en el Manicomio La Castañeda. A propósito de la importancia historiográfica de los locos", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 37, enero-junio, México, 2009.

———, *La locura durante la Revolución Mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México.

RIVERA GARZA, Cristina, "She neither Respected nor Obeyed Anyone": Inmates and Psychiatrist Debate Gender and Class at the General Insane Asylum La Castañeda, Mexico, 1910-1930", en *Hispanic American Historical Review*, 81:3-4, 2001.

ROJAS, Ernesto, *Epilepsias criminales*, México, Imprenta de A. Carranza y Comp., 1908.

SACRISTÁN, Cristina, *Locura y disidencia en el México ilustrado*, México, El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, 1994.

SPECKMAN GUERRA, Elisa, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México, UNAM, 2002.

URIBE CUALLO, Jaime, "Importancia del estudio de la personalidad del delincuente", *Criminalia*, enero de 1944.